

# Evangelizar la nueva cultura e inculturar de nuevo el evangelio

---

**EDUARDO MALVIDO MIGUEL\***

## I. LA NOVEDAD DE LA CULTURA TECNOLÓGICA Y SU SENTIDO DE LA VIDA

### 1. La cultura tecnológica como la tercera gran cultura

La cultura tiene que ver con el sentido de la vida: «La cultura está relacionada con el sentido»<sup>1</sup>. La cultura es el sentido con que una sociedad entiende, siente, vive y expresa la vida. La cultura es el envés significativo de una sociedad, «la cara social con significado y sentido»<sup>2</sup>.

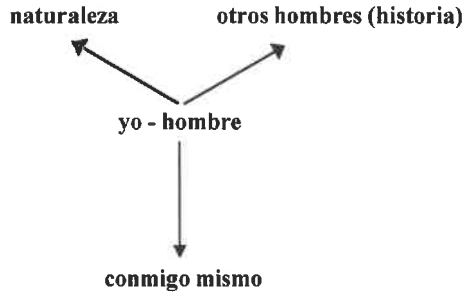
Antes de seguir adelante, vamos a señalar *las tres grandes realidades* con las que todo hombre, de cualquier época y lugar, se encuentra relacionado esencial y existencialmente, y, según sea esa relación, así resulta el sentido que el hombre tiene de la vida.

---

\* Profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X».

<sup>1</sup> J. M. Mardones, *Las condiciones culturales de la reconfiguración de la creencia*, en la revista *Frontera-Pastoral Misionera*, 1999, p. 130.

<sup>2</sup> J. M. Mardones, *ibídem*.



A lo largo de la historia se han dado avances cualitativos en esas tres grandes relaciones humanas, de tal modo que dichos progresos han supuesto otras tantas *culturas nuevas*, *culturas-madre*, del todo originales y distintas de las demás. Dos de ellas han sido detectadas y calificadas como culturas novedosas y revolucionarias: *la cultura del descubrimiento de la interioridad humana* y *la cultura del descubrimiento de la historia*.

De la primera ha hablado mucho y bien Karl Jaspers y la ha datado en torno al año 500 a. C.

«El hombre puede oponerse interiormente al conjunto del mundo. En sí mismo descubre el punto de partida desde el cual se alza sobre sí mismo y sobre el mundo»<sup>3</sup>.

Jaspers menciona como iniciadores de la nueva cultura intrahumana a «pensadores eremitas y trashumantes en China, ascetas en la India, filósofos en Grecia, profetas en Israel», que «se corresponden unos con otros por mucho que se diferencien en creencias, contenido y constitución íntima»<sup>4</sup>. Nuestro cuadro cultural quedaría modificado así:

---

<sup>3</sup> K. Jaspers, *Origen y meta de la historia*, Ed. Revista de Occidente, Madrid 1968, p. 22.

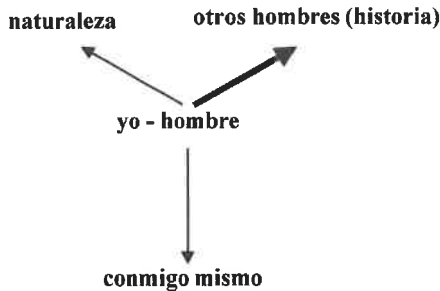
<sup>4</sup> K. Jaspers, *ibídem*.



Según hemos visto, Israel entra dentro de los pueblos que descubrieron la interioridad humana, pero la principal característica del pueblo elegido radica en su concepción lineal de la historia, concepción que no sería asumida por la ciencia histórica hasta el siglo XIX de nuestra era cristiana. Ni que decir tiene que Israel alcanzó una visión progresiva y global de la historia gracias a su concepto de Dios, un Dios que actúa continua y planificadamente a lo largo de los acontecimientos a favor de su pueblo. Como escribe Mircea Eliade:

«Podemos decir con toda justicia que los hebreos fueron los primeros en descubrir la significación de la historia como epifanía de Dios»<sup>5</sup>.

Éste es el diagrama que refleja el sentido religioso que Israel tiene de la vida:



---

<sup>5</sup> Mircea Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Cristiandad, Madrid 1978, t. I, p. 372.

Además de esas dos decisivas innovaciones culturales, *además de esas dos culturas-madre, ¿podemos hablar de alguna otra?* Ante los cambios espectaculares que los adelantos científicos y particularmente las aplicaciones técnicas han introducido en la vida ordinaria, la gente reacciona con asombro y querría personalmente disfrutar del indiscutible progreso material. Pero, en general, no se tiene conciencia de que se trata de una cultura-madre.

Pienso que lo primero que hay que hacer, ante las colosales transformaciones que se observan a nuestro alrededor, es *tomar conciencia de la originalidad y repercusiones de largo alcance de la cultura científico-técnica y empezar ya por reconocerla como la tercera de las culturas determinantes en la marcha de la historia de la humanidad*, y que, como las dos anteriores, representa un salto cualitativo en la serie de las culturas de la historia. Así es como aparece el marco de las relaciones del hombre individuo en la actualidad, por obra y gracia de la cultura tecnológica:



Argumentos que autorizan a la cultura tecnológica a presentarse como la tercera gran cultura en la historia de la humanidad:

a) *Es indiscutible que la cultura tecnológica es la primera cultura con poder transformador sobre la naturaleza, capaz de perfeccionar a la misma naturaleza. Si la gracia no elimina ni disminuye a la naturaleza*

(humana), sino que la perfecciona («*gratia perficit naturam*»), también la técnica perfecciona a la naturaleza (física), sin destruirla ni mermarla. Dice J. Ortega y Gasset:

«Hoy el hombre no vive ya en la naturaleza, sino que está alojado en la sobrenaturaleza que /la técnica/ ha creado en un nuevo día del Génesis»<sup>6</sup>.

Y el concilio Vaticano II afirma:

«La técnica hace tales progresos que está transformando la faz de la tierra e intenta hasta dominar los espacios interplanetarios»<sup>7</sup>.

- b) *Facilidad de acceso universal a la nueva cultura.* Para la cultura de la Ilustración y de la Modernidad se requiere mucha preparación y es ardua la reflexión que conlleva su ejercicio para la mayoría de la sociedad, por lo que los destinatarios de dichas culturas son una minoría. En cambio, no se necesita especial preparación para acceder a la utilización de los aparatos modernos (televisión, teléfono, coche...).
- c) Precisamente porque es la sociedad entera la que podría disfrutar de los beneficios de una vida tecnificada, la cultura tecnológica va imponiéndose poco a poco y terminará imponiéndose *como la marca distintiva de la nueva era, a pesar de las resistencias y oposiciones provenientes de otras estructuras en las que predomina el poder individualista económico o político o religioso...*

## **2. El sentido de la vida por parte del hombre de la cultura tecnológica**

Vamos a reseñar seguidamente la visión de la vida que conlleva la cultura tecnológica en la que todos estamos inmersos.

---

<sup>6</sup> J. Ortega y Gasset, *Meditación de la técnica*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1964. Fue en 1933, en la Universidad de Verano de Santander, cuando Ortega dio una serie de conferencias sobre la técnica, recogidas más tarde en el citado libro.

<sup>7</sup> Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 5.

a) *Una felicidad de bienestar material es posible para todos*

Pienso que es la connotación principal que la nueva cultura produce en todos nosotros, seamos cristianos o no. Hoy día el hombre de la cultura tecnológica está convencido de que es factible la satisfacción no sólo de las apetencias necesarias (comida, vestido, alojamiento, curación de muchas enfermedades, envejecimiento natural...), sino también el logro de apetencias superfluas (comunicarse por teléfono, trasladarse en coche o en avión, ayudarse de las máquinas para la realización de las tareas domésticas...).

Para llegar a este convencimiento no hace falta pasar por la experiencia personal. Basta con observar que para no pocos seres humanos es una realidad cuanto acabamos de decir. La conclusión urgente que los pobres sacan es que también ellos tienen derecho a acceder y a disfrutar de todos esos beneficios terrenales que la cultura tecnológica ha generado y puesto a la vista.

Los seres humanos andamos a la búsqueda insaciable de la felicidad. Como la cultura tecnológica nos hace ver que el «valle de lágrimas» de esta vida puede trocarse en el «paraíso» soñado desde siempre por los seres humanos, el hombre ha cerrado sus ventanas abiertas a la trascendencia metafísica de épocas pasadas, y se ciñe férreamente al horizonte terrenal<sup>8</sup>.

En esta visión inmanente y subjetiva de la felicidad subyace, según nuestra opinión, un concepto equivocado del hombre moderno sobre Dios, como si nuestra felicidad no tuviera que ver nada con Él, o como si Dios, peor aún, estuviera en contra de la felicidad humana. Pienso que el ser humano ha dejado hace tiempo de plantearse el tema «Dios» en términos metafísicos, esto es, en términos racionales sobre el ser, pero pienso también que

---

<sup>8</sup> Colleen McDannell y Bernhard Lang, *Historia del cielo*, Taurus, Madrid 1990, p. 431. Hablando de la época actual, los citados autores afirman: «La verdadera preocupación de la humanidad es la vida terrenal».

continúa haciéndolo desde la perspectiva ultrarracional de la felicidad humana. Lo que pasa es que el hombre moldeado por la cultura tecnológica teme poner a Dios en relación con su felicidad, debido precisamente a esa concepción errónea de un Dios enemigo de la dicha terrenal humana y, encima, enfadado por el frecuente disfrute abusivo del hombre respecto de dicha felicidad intramundana e intrahistórica. Pero de esto hablaremos más adelante.

*b) Interés por el tiempo presente*

Es lógico y plausible el entusiasmo fascinante que la realidad técnica de nuestros días (casas confortables, autopistas interminables, lavavajillas sumisamente eficientes, televisiones globalizantes...) despierta en el hombre contemporáneo. ¿Cómo no va a suspirar por poseer y disfrutar de tanta maravilla engendrada por la técnica en la actualidad? ¿No tiene justificación plena el olvido instintivo del hombre del siglo xx-xxi de las condiciones precarias de su vida en el pasado?

Pero el hombre de la actual tecnópolis no tiene más remedio que reconocer que es un ser histórico, un ser que está ligado a un pasado comunal, coparticipado por otros hombres, por otras culturas, por otras historias, por otras sensibilidades, por otras actitudes ante la vida... El hombre contemporáneo no es un monolito caído, no se sabe de dónde, en el presente. El hombre de la nueva cultura-madre es un ser que pertenece a la historia de la humanidad de Occidente.

Si hay algo que caracteriza esencialmente al ser humano es la libertad para hacer esto o aquello. Debido a dicha libertad, existen culturas diferentes, historias individuales y colectivas distintas y hasta opuestas. Lo que sí hacen las diversas culturas es condicionar más o menos al individuo humano en el ejercicio de la libertad. Es indiscutible que la actual cultura europea condiciona considerablemente al ser humano, sobre todo al joven, en una dirección secularizadora, que es la «orientación fundamental», el

«macroparadigma» de la cultura tecnológica. Mirando en la historia de Occidente, habría que advertir, sin embargo, que más condicionantes que la actual cultura han sido aquellas culturas de sentido teocrático, por ser el poder religioso el máximo poder de influencia en la conciencia humana<sup>9</sup>. Más tarde volveremos sobre el tema de la libertad y sobre el papel decisivo que desempeña también en el momento presente de la historia.

*c) El hombre modélico es el hombre de acción*

La cultura tecnológica se planta tozudamente en el terreno de la vida real, donde cuenta con posibilidades casi ilimitadas de maniobra y de modificación del orden establecido desde siglos. En el campo de los hechos cotidianos, el modelo del hombre de acción ha tomado el relevo al modelo del hombre de las grandes concepciones filosóficas y al modelo del hombre de las cosmovisiones científicas, reservadas ambas, por su complejidad y abstracción, a grupos selectos de la humanidad.

Ante el nuevo modelo de hombre, puede afirmarse que ha sonado para todos, para la gente corriente, pero también para los filósofos y los científicos, la hora de la ética.

El enfoque ético del sentido de la vida no es ajeno, sin embargo, como muchos piensan, a la trascendencia divina. La conciencia de estar actuando bien o mal se halla presente en el ser humano, nominalmente creyente en Dios o no, y es esa conciencia la que religa a cualquier ser humano con la Trascendencia.

«El hombre lleva en su corazón la ley escrita por Dios, en cuya obediencia consiste su propia dignidad y según la cual será juzgado. La conciencia es como

---

<sup>9</sup> Fuera de la historia del cristianismo en Europa, observamos hoy mismo en toda la costa sur del Mediterráneo cómo la fe en Alá es capaz de llevar a los musulmanes fundamentalistas a la autoinmolación en su lucha armada contra los «infiel».

un núcleo recóndito, como un sagrario dentro del hombre, donde tiene sus citas a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de aquella. La conciencia le da a conocer de modo maravilloso aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo»<sup>10</sup>.

En el siguiente apartado veremos cómo el cristiano puede purificar y enriquecer su comportamiento en el mundo, ya sea gracias a las exigencias de una cultura tecnológica humanizada, en la que están empeñados también otros no cristianos, ya sea gracias a la praxis del Jesús de los evangelios.

## **II. NUEVA COLABORACIÓN ENTRE EVANGELIO Y CULTURA TECNOLÓGICA**

Lo que va a figurar en esta segunda parte del artículo corresponde propiamente a los que nos declaramos cristianos. En nuestro firme propósito de pensar y de vivir como cristianos, no debemos dejar de lado nuestra pertenencia a lo que hemos denominado «cultura tecnológica». Podemos y debemos ser hijos de Dios siendo hijos de la cultura tecnológica.

*La referencia modélica y normativa de cómo los cristianos debemos asumir e integrar el binomio evangelio-cultura es la encarnación del Hijo unigénito del Padre, encarnación entendida no sólo en el momento primero de su constitución humana, sino también a lo largo de su desarrollo histórico.*

*En cuanto al nacimiento del enviado por el Padre, Jesucristo no se contentó con tomar la naturaleza humana en general, uniéndose así a los hombres de todo tiempo y lugar, de modo que puede decirse de él, como de cualquier ser humano, que «trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano*

---

<sup>10</sup> Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 16.

corazón»<sup>11</sup>, sino que se hizo hombre dentro de una tipología humana y dentro de una tradición cultural concretas, se hizo hombre judío y hombre de la cultura judía del siglo I.

*Por lo que se refiere al modo como el Hijo humanado fue asumiendo la voluntad del Padre sobre el «reino de Dios» a través de su vida histórica, digamos que Jesucristo fue descubriendo dicha voluntad a la luz de las vicisitudes históricas de su existencia e inscribiéndola y revelándola mediante las formas culturales judías de que él disponía en su tiempo*<sup>12</sup>.

Dos son, entre otras, las conclusiones que para nosotros podemos sacar del acontecimiento histórico de la encarnación del Hijo del Padre:

- 1.<sup>a</sup> Que la Buena Noticia de la salvación divina fue acogida y realizada en el propio Jesucristo de manera única y ejemplar, y que, por lo tanto, la evangelización debe ser llevada a cabo en los cristianos antes que en los que no lo son. En otras palabras: la evangelización no debe ser entendida, en primer lugar, como una tarea hacia fuera de los miembros de la Iglesia, sino hacia dentro de la misma.
- 2.<sup>a</sup> Que Jesucristo encarnó el reino salvífico del Padre en la cultura del judaísmo del siglo I, en la cultura del Antiguo Testamento, no significa que el evangelio o la evangelización se identifiquen con dicha

---

<sup>11</sup> Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 22.

<sup>12</sup> Martín Gelabert, «Nueva cultura y vida de fe», en la revista *Frontera-Pastoral Misionera*, 1999, p. 160: «La Encarnación es un acontecimiento que se desarrolla en el tiempo, estando sujeta a las condiciones de lo temporal. De modo que resulta posible afirmar que el hombre Jesús, como todos los seres humanos, no lo recibió todo con la cuna, pues el hombre no es un producto fabricado y terminado, sino que tiene que hacerse lo que es. Se define después de haber nacido a partir de las influencias y los condicionantes ambientales. En esta línea se sitúa, entre otros textos, Heb 5,8, al afirmar que el Hijo “aprendió la obediencia”. Lo más característico de Jesús, lo que mejor le define como “del Padre”, lo aprendió a través de las vicisitudes dolorosas y dramáticas de su existencia. En este ser “del Padre”, o dicho de otro modo, en la total adecuación a la voluntad de Dios, se sitúa la verdadera novedad de Jesús».

cultura<sup>13</sup>; en consecuencia, cabe inculturar el evangelio en nuestra cultura tecnológica. Si bien es cierto que el evangelio supera toda cultura, porque el don divino de felicidad para los hombres desborda la «obra» humana de la cultura, no es menos cierto que para el evangelio no es indiferente cualquier tipo de cultura y que concretamente la cultura tecnológica no sólo representa un salto cualitativo en la valoración humana de las culturas, sino también dentro del plan salvífico del Dios creador.

Hemos dicho que la evangelización de la cultura y la inculturación del evangelio son tarea propia de los cristianos. Ahora nos preguntamos: «Concretamente, ¿de qué clase de cristianos estamos hablando más en particular: de la jerarquía, de los religiosos/as, de los seglares?».

Haciendo memoria de las tres notas constitutivas del sentido de la vida por parte del hombre que experimenta la cultura tecnológica, es fácil deducir que *son los cristianos seglares los agentes natos para realizar al menos la inculturación del evangelio*, porque nadie, entre los cristianos, vive como ellos la cultura tecnológica<sup>14</sup>.

¿Cómo en concreto pueden los cristianos seglares llevar adelante esa doble misión de inculturar el evangelio y de evangelizar la cultura en su calidad de ciudadanos genuinos de la tecnópolis moderna?

El concilio Vaticano II, hablando del carácter misionero de la Iglesia, sostiene que ésta, con su predicación del Evangelio, «consigue que todo lo bueno que haya depositado en la mente y en el corazón de los hombres, en los ritos y en las culturas de los pueblos no solamente no desaparezca, sino

---

<sup>13</sup> Cf. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.

<sup>14</sup> Pedro Arrupe, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero, Bilbao 1982, p. 256: «La inculturación es la penetración de la fe –por la acción animadora del Espíritu– en la vida concreta de los hombres pertenecientes a una cultura afectando sus niveles más profundos de pensamiento, sentimiento y acción. Es obvio que los agentes ideales de la inculturación son quienes, poseyendo la fe, viven también esa cultura».

que se purifique, se eleve y se perfeccione para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre»<sup>15</sup>. Como se ve, *el Concilio Vaticano II sólo contempla la inculturación desde una única dirección, la del Evangelio*. Omite la acción actualizadora que el evangelio puede recibir por parte de las culturas, y, en el caso que nos ocupa, por parte de la cultura tecnológica de nuestros días. Repárese, además, en que el Concilio olvida lo que se dijo antes: que el doble proceso de evangelización de la cultura y de inculturación del evangelio debe darse, en primer lugar, en los propios cristianos.

Por lo dicho, *nos parece más realista y completa la posición que adopta Pedro Arrupe cuando admite la interactividad mutua entre el evangelio y la cultura* con estas palabras: «El evangelio purifica y enriquece todo tipo de cultura y cualquier cultura purifica y enriquece a su vez al evangelio»<sup>16</sup>.

A continuación vamos a exponer brevemente cómo se pueden beneficiar mutuamente el evangelio y la nueva cultura científico-técnica. En la exposición tendremos en cuenta las notas que integran distintivamente el sentido de la vida del cristiano seglar que vive en la tecnópolis de Europa, y que hemos reseñado líneas arriba.

#### *a) Una felicidad de bienestar material*

El cristiano cree en el Dios de Jesucristo, en el Dios creído por Jesús de Nazaret. Se trata de una fe en Dios Padre por parte del Hijo eterno humanado. Una fe en Dios que se ha revelado de manera única y definitiva en el propio Hijo humanado: en su encarnación humana como Hijo unigénito del Padre, en la verdadera historia humana del Hijo del Padre, en la conciencia mesiánica del Jesús que «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo»<sup>17</sup>, en su muerte por crucifixión como falso Mesías, en

---

<sup>15</sup> Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 17.

<sup>16</sup> Pedro Arrupe, o. c., p. 254.

<sup>17</sup> Hech 10, 38.

la resurrección de entre los muertos del Jesús que había sido crucificado y sepultado, en el envío del Espíritu santo a cargo del Padre resucitador y del Hijo resucitado...

A esta fe especial de y sobre Jesucristo llegaron los primeros cristianos a partir y a causa de la resurrección de Jesús de entre los muertos.

En todos estos hechos unidos a la persona y obra de Jesucristo se transparenta una nueva imagen de Dios. Jesucristo no nos ha demostrado la existencia de Dios, pero sí nos ha revelado el modo original y novedoso de ser de Dios a la luz de sus palabras acerca de Dios, pero sobre todo a la luz de los hechos vividos y padecidos por él.

Todos estos hechos escapan por completo a las entendederas de la razón humana. Un indicio de este «sobrepasamiento» de la comprensión racional lo tenemos en que semejantes acontecimientos confesados por la fe postpascual de los primeros cristianos nunca fueron previstos, ni mucho menos predichos, por filosofía alguna ni por alguna religión, incluida naturalmente la religión del judaísmo. La clave desde la cual los primeros cristianos interpretaron el acontecimiento-Jesucristo fue la clave del Amor gratuito de Dios. Ya sea como definición conceptual<sup>18</sup>, ya sea como descripción narrativa<sup>19</sup>, Dios aparece contemplado, desde la perspectiva del Amor, como el Amor de pura gratuidad, como el Amor que en su actuar no busca su propia gloria, sino el beneficio de los seres humanos.

El cristiano seglar no sólo asiente con su mente a esta fe de y sobre Jesucristo, sino que, además, por tratarse de una fe activa, se orienta en la vida concreta por ella y la testimonia a través de sus obras y formas diversas de expresión.

---

<sup>18</sup> Cf. 1Jn 4, 8.16.

<sup>19</sup> Cf. Lc 15, 11 s.

Fijámonos ahora en la visión de una felicidad meramente terrenal que la cultura tecnológica inculca en sus usuarios, *¿qué puede aportar el evangelio, correctiva y enriquecedoramente, al cristiano seglar que siente por dentro y por fuera el horizonte de felicidad tangible que le ofrece la nueva cultura, su cultura?*

*En una línea de acción purificativa o correctiva, el evangelio recuerda a todo cristiano que la voluntad de Dios no se conforma con que sea una minoría la que disfrute de la obra creada por Él y mejorada por el ser humano gracias a que el mismo Creador lo ha capacitado para ello, sino que quiere que ese señorío y ese goce se extiendan a toda la humanidad.*

La actual situación de injusticia en que viven millones y millones de seres humanos, a quienes se les niega los derechos más elementales de la vida, atenta gravemente contra su dignidad de seres humanos, pero se opone aún más al propósito de felicidad universal con que Dios creó el mundo. El cristiano seglar, en su lucha por conseguir unos mínimos de vida digna para todos, puede estar seguro de que es Dios el más empeñado en lograrlo y que cuenta para ello con los hombres de buena voluntad, pero de modo especial con él, que sabe muy bien que esos pobres necesitados son hijos de Dios, como él, y que sabe asimismo que Jesucristo no los dejaría abandonados en su injusta postración.

*En una línea de acción enriquecedora o perfeccionadora, el evangelio ilumina y ensancha el corazón del cristiano seglar haciéndole ver que la finalidad que el Dios de Jesús persigue con sus obras maravillosas (creación, encarnación del Hijo sempiterno...) es la felicidad misma de Dios para el ser humano por encima de cualquier otra finalidad.*

Algo hemos dicho en los párrafos anteriores sobre la voluntad de Dios creador que quiere una vida temporal justa y dichosa para todos los seres humanos. A propósito de la encarnación del Hijo unigénito, el cristiano confiesa agradecido que el Hijo del Padre se ha hecho hombre gratuitamente para que el hombre llegue a ser hijo de Dios. En esta misma línea de interpretación, la

vida histórica del Hijo humanado es el escaparate en el que los hijos adoptivos de Dios debemos mirar para comportarnos como él, con toda bondad para con el prójimo, relacionándonos con él según el dictamen siempre caritativo del Padre. Tanto en la encarnación del Hijo eterno como en su vivir histórico hemos de valorar ante todo su entrega ilimitada para hacernos partícipes de la felicidad misma de Dios.

Esa razón de la redención de nuestros pecados que se aduce para justificar racionalmente el misterio de la encarnación del Hijo y el misterio de su trayectoria histórica no es una explicación convincente. La afirmación reiterada en Teología (Agustín de Hipona, Anselmo de Canterbury, Tomás de Aquino...) y en la liturgia («¡Oh feliz culpa que nos mereció tan gran redentor!») de que no habría habido encarnación del Verbo si nuestros primeros padres no hubiesen pecado, sólo tiene algún sentido entendiendo la afirmación desde una razón humana que discurre desde el punto de vista jurídico sobre los hechos acaecidos en la historia, y que aplica a Dios el baremo de la justicia que utilizamos entre los humanos.

La única clave justificativa de la encarnación del Hijo de Dios y de su recorrido dentro de las coordenadas de la naturaleza humana y de la historia se encuentra sólo en Dios, en su voluntad volcada beneficiosamente sobre el hombre. Nuestros pecados, por muchos y graves que sean, jamás podrían impedir ni cambiar el plan de felicidad diseñado por el Amor incondicional de Dios para con el hombre desde antes de la creación. Nuestra razón no tiene nada que decir acerca del Amor divino y de su designio de salvación humana, anteriores al origen del mundo y a la historia de la humanidad. Es una Realidad, la del Amor divino, que sobrepasa a nuestra razón en su modo de existir (únicamente el Amor de Dios es preexistente) y en el modo de actuar en el tiempo (el Amor de Dios no se comporta necesaria o determinísticamente como la razón humana).

Los cristianos, por nuestra fe en el Amor eterno de Dios a favor de los hombres, estamos convencidos, por un lado, de que Dios Padre nos regalará al

final la felicidad que ha realizado ya, mediante la resurrección, en su Hijo Jesucristo. Pero también estamos convencidos, por otro lado, de que Dios quiere que hagamos ahora creíble ante la razón humana esa felicidad sobrenatural de la que hablamos luchando hasta dar la vida en el empeño por extender el progreso material a todos los hombres.

*Y ¿qué tiene que decir la presente cultura tecnológica al evangelio en relación con la felicidad humana?* Desde luego la cultura tecnológica no tiene nada que decir al evangelio vivido por Jesucristo, pero sí al evangelio que han vivido y viven los cristianos.

*En una línea de acción purificadora, la cultura tecnológica,* al mostrar a nuestros ojos la posibilidad de una felicidad terrenal para todos, denuncia a aquellos cristianos que conciben la felicidad humana sólo en términos de vida celestial, o, peor aún, a aquellos cristianos que prometen la vida eterna como opio consolador a los que soportan toda clase de miserias y de injusticias en esta vida. Como si el Dios de la bienaventuranza eterna no fuera también el Creador de la vida terrenal. Como si el Dios que nos ha creado libres hubiera dejado la historia en manos de los poderosos para que menosprecien y pisoteen en provecho propio a sus semejantes.

Hay que reconocer asimismo que no pocos cristianos han adoptado una postura «espiritualista», desencarnada, en orden a la felicidad. *En una línea de acción enriquecedora, la cultura tecnológica* ayuda a los cristianos en general y a los cristianos seculares en particular a integrar los frutos apetitosos, placenteros de la nueva cultura en el contenido integral de la felicidad de carácter cristiano.

Hace siglos que san Pablo contaba con que la liberación del cosmos dependía de la liberación de los hijos de Dios. No concebía la gloriosa libertad de los bienaventurados sin que la creación hubiese sido liberada a su vez de la servidumbre de la corrupción humana: «Sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también

nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo»<sup>20</sup>.

Más recientemente, Pierre Teilhard de Chardin ha hablado de la admirable convergencia de la irresistible evolución de la materia, puesta de manifiesto por la cultura científico-técnica, y de la evolución evidente alcanzada por la antropología en el caso de Jesucristo, el Hijo de Dios humanado:

«Yo te bendigo, Materia, y te saludo... Te saludo, medio divino, cargado de poder creador, océano agitado por el Espíritu, arcilla amasada y animada por el Verbo encarnado»<sup>21</sup>.

#### *b) Interés por el momento presente*

El tema de la libertad es clave en la interpretación cristiana de la historia de la salvación. En la acción creadora (protología) y en la acción resucitadora (escolología), sólo interviene la libertad de Dios. Tanto en una como en otra, Dios busca la felicidad integral del ser humano. Con la misma determinación, Dios persigue también nuestra felicidad en el espacio/tiempo que conocemos como «historia», pero en este intermedio entre la creación y su consumación gloriosa intervienen la libertad de Dios y la libertad del hombre. Nadie sabe racionalmente cómo pueden conjugarse ambas libertades, de naturaleza y comportamiento absolutamente diferentes... Pero el cristiano admite sin fisuras que Dios interviene en la historia «por nuestra salvación», por nuestra felicidad. Para nosotros, los cristianos, el modo más auténtico de actuar de Dios en nuestra historia lo contemplamos y ratificamos en el modo como el Hijo unigénito del Padre se encarnó y en el modo como vivió su historia de hombre.

*Por lo que se refiere a una aportación correctiva del evangelio a la cultura tecnológica que se centra en el presente histórico, el cristiano debe reparar*

---

<sup>20</sup> Rom 8, 22-23.

<sup>21</sup> Pierre Teilhard de Chardin, *Himno a la materia*, 1919.

en el error que afecta a muchos conciudadanos, y que a él le acecha tentadoramente, de confundir la libertad con el libertinaje. El libertinaje no sabe de elecciones a largo plazo, sino que se decide por gozar, en los diversos ámbitos, del momento presente. El lema del libertinaje es el horaciano «carpe diem»<sup>22</sup>. Y, a decir verdad, es muchísimo lo que la cultura tecnológica ofrece al hombre para que egoístamente lo disfrute aquí y ahora.

*Por lo que se refiere a una contribución perfeccionadora del evangelio respecto del cristiano inmerso en la cultura tecnológica, conviene recordar que Dios no se contenta con la liberación de aquellas realidades negativas que encadenan al ser humano (el hambre, la falta de libertad política, la ignorancia...) y de las cuales la actual cultura global podría en teoría llegar a liberar, sino que quiere que nos liberemos de nosotros mismos, de la búsqueda de nuestros caprichos, de modo que nuestra libertad personal la pongamos al servicio de los más «otros», esto es, de los prójimos más necesitados de ayuda.*

Ésta es la clase de libertad («libertad para los demás») que animó las actitudes y el comportamiento de Jesús de Nazaret<sup>23</sup>. Claro que Jesús actuó con esta libertad desde su experiencia de un Dios liberado a su vez de intereses propios y entregado del todo a la felicidad de los hombres, en especial de aquellos que no esperan de sus coetáneos ninguna solución a sus problemas. Los primeros cristianos tuvieron que llegar a la experiencia de la Pascua para descubrir que el Dios de Jesús actúa libre de Sí mismo a favor de nosotros, «por nuestra salvación». Los cristianos contemporáneos tenemos en Jesús de Nazaret el mejor muestrario de esa libertad divina al servicio de

---

<sup>22</sup> Horacio, *Odas*, XI, 7. Unamuno traduce así la sentencia de Horacio: «Vive al día». Cf. Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Escelicer, Madrid 1967, t. VII, p. 166.

<sup>23</sup> Paul M. van Buren, *El significado secular del evangelio*, Ed. Península, Barcelona 1968, p. 153: Jesús de Nazaret «estuvo libre de toda ansiedad y de la necesidad de establecer su propia identidad, pero por encima de todo estuvo libre para su prójimo. Ésta fue la característica que Bonhöffer, en sus últimos escritos, encontró tan impresionante».

los demás. A menor escala, encontramos también a lo largo de los veinte siglos de historia de la Iglesia otros muchos ejemplos de cristianos que han sabido amar al prójimo liberados de sus intereses egoístas.

*¿En qué puede consistir el servicio purificador de la cultura tecnológica al cristiano que arrastra un rico y entrañable patrimonio?* Acabamos de escribir que los cristianos tenemos en el Jesús de Nazaret del siglo I nada menos que «el mejor muestrario de esa libertad divina al servicio de los demás», así como multitud de antepasados cristianos que nos han dado ejemplo de una libertad que opta por el bien ajeno antes que por el beneficio propio. Pero no todo nuestro pasado es tan memorable ni tenemos por qué continuar valorándolo como suele hacerse.

Me voy a referir únicamente al caso de los primeros padres de la humanidad. Nadie sabe nada de ellos, ni san Pablo, ni el concilio de Trento, a pesar de haber hablado de ellos locuazmente<sup>24</sup>. De lo que sí estamos seguros los cristianos del siglo I, los del siglo XVI y los de los siglos XX-XXI es de que la revelación de Dios y la salvación de los hombres han tenido lugar en Jesucristo de modo integral, universal y definitivo. A partir de su conocimiento preciso y precioso de Jesús resucitado, del segundo Adán, del padre de la nueva humanidad, el «Apóstol de los gentiles» se remonta al primer Adán y carga negativamente en él, en su conducta de pecado, esas características positivas de integralidad, universalidad y definitividad que sólo se dieron en la salvación de Jesucristo. Si por Jesucristo nos ha venido la vida a todos y para siempre –y ésta es la novedad maravillosa, la buena noticia–, por Adán ha venido la muerte absoluta a la humanidad entera. Después la teología se ha sumado a la «decoración» del hombre primero dotándole de un estado de justicia original y de dones preternaturales...

Pues bien, el cristiano de la cultura actual no duda siquiera en considerar al hombre tanto más imperfecto cuanto más se retrocede en la escala del

---

<sup>24</sup> Cf. Rom 5, 12-21; 1 Cor 15, 21-22; Denzinger, 788-790.

tiempo. Por esto resulta inadmisible esa presentación del primer ser humano como encarnación del hombre perfecto, el cual por el llamado «pecado original» cayó él e hizo caer en desgracia a toda su descendencia. Semejante interpretación «hamartiológica» (desde el pecado) de los orígenes de la humanidad contradice la línea evolutiva de mayor perfeccionamiento que se observa tanto en el desarrollo biológico individual (niño→adulto) como en el colectivo de la especie humana (primer hombre→hombre actual).

Pero todavía la teoría del «primer hombre perfecto» resulta más contradictoria si la comparamos con el dogma de la acción creadora de Dios, plan de salvación que brotó del Amor de gratuidad de Dios y que en absoluto es compatible con ningún cambio de plan –y menos aún a peor– por obra del pecado humano, ni siquiera por obra del pecado original, «elaborado» por nuestra razón en aras de una necesaria encarnación del Hijo de Dios para expiar ante Dios por nuestros pecados...

¿Puede la cultura tecnológica prestar alguna ayuda perfeccionadora o enriquecedora al cristiano que quiera vivir el evangelio aquí y ahora con libertad?

El actuar libremente es la nota distintiva de la persona humana. Pero no se trata de un juego que consiste en actuar ciegamente en una o en otra dirección, sino que la libertad del ser humano es capaz de proyectar un modo de ser («libertad entitativa») y de elegir aquellos caminos conducentes al modelo de hombre seleccionado («libertad práxica o ética»).

Ciertamente, la religión cristiana propone a Jesucristo como modelo singular para los cristianos, e incluso para todos los humanos. Es un modelo de vida y de destino que cuenta con la complacencia de Dios Padre, un modelo de vida, sin embargo, que fue elaborado por el hombre Jesús de Nazaret a lo largo de su vida en respuesta libre a las insinuaciones del Padre. Dios Padre no impone a la fuerza su voluntad salvadora a nadie, ni a su Hijo humanado ni a ninguno de sus hijos adoptivos.

Si el hombre cristiano, como persona que es, se caracteriza por su actuar por propia decisión en todos los órdenes de la vida, esa libertad de la persona humana alcanzará su grado máximo de realización y de expresión cuando se pronuncia delante del Dios cristiano, delante de la libertad de un Dios que ha actuado y actúa siempre gratuitamente en bien de la libertad humana, una libertad, la de Dios, liberada de la búsqueda de la propia gloria y capaz de liberar, por atracción amorosa, no por coacción, a la libertad encadenada del hombre.

El cristiano no ha podido vivir en todas las épocas su libertad de hijo de Dios con igual responsabilidad. Ha habido situaciones históricas en las cuales la existencia de factores externos de índole política y social han influido e inclinado la balanza del ambiente hacia una determinada dirección, por ejemplo, en España, hacia el nacional-catolicismo. Durante los lustros que duró el nacional-catolicismo en España, no era fácil optar personalmente por la religión católica. Las circunstancias socio-políticas favorables al catolicismo contribuían subliminalmente a disminuir el grado de autenticidad y la misma libertad del español para autodeterminarse a ser católico y vivir como tal.

El clima creado por la cultura tecnológica, en cambio, es indiferente respecto de Dios, de cualquier Dios, incluido el Dios de la religión católica. Pienso que la actual era tecnológica, que no muestra interés alguno por Dios, representa una oportunidad estimulante para que el cristiano de verdad elija ser libremente un seguidor del modelo llamado «Jesús de Nazaret», que vivió de acuerdo con la manera de ser bondadosa y salvadora de Dios Padre, en medio de una sociedad como la nuestra que pretende imponer a sus miembros, a fuerza de presiones de todo tipo, un modelo de hombre agnóstico para con Dios, dominador de los diversos grupos de hombres y consumista de los productos del progreso material.

Resumiendo: hoy, gracias al carácter de indiferencia religiosa, por un lado, y, por otro lado, gracias a la promoción de un proyecto de hombre poderoso y egocéntrico que la cultura tecnológica genera, quien quiera ser y vivir

como cristiano deberá ejercer su capacidad de elegir el fin y los medios de su proyecto de hombre cristiano como nunca antes se vio en la obligación de hacerlo, con inusitada e indeclinable responsabilidad personal. Hoy día no se puede ser cristiano por nacimiento, o por tradición, o por ambiente social..., sino solamente como resultado de un compromiso, libérrimamente contraído, de colaborar con la libertad liberada y liberadora del Dios de Jesús a favor de los demás hombres.

*c) El hombre modélico es el hombre de acción*

¡Hay tanto por hacer en este mundo tecnificado a favor de los hombres marginados a la hora de distribuir y de disfrutar de la felicidad terrenal! Son muchos los seres humanos que constatan y denuncian, desde sus conciencias, las desigualdades que contemplan horrorizados entre la manera opulenta de vivir de la minoría y la manera mísera de vivir de la mayoría.

La conciencia humana no se contenta, sin embargo, con sensibilizarse ni con adoptar una actitud de protesta contra la situación inhumana de los pobres de la historia. La conciencia humana reclama, además, un estilo de vida en el que la dignidad de la persona esté por encima del bienestar económico, del éxito profesional, del poder político, etcétera.

Semejante estilo de vida no es compatible con la utilización deshonesto, agresiva, engañosa... de medios que nos puedan llevar a la consecución de los mencionados éxitos económicos, profesionales, políticos... Por desgracia, en la cultura tecnológica que nos envuelve, se ven muchos casos en los que se busca el triunfo a costa de la dignidad de las personas. En la sociedad secularizada y secularizadora de la que todos nosotros formamos parte hay un déficit descomunal de ética, una laguna o, mejor dicho, un océano de ausencia de auténtico comportamiento moral.

En este aspecto, *el evangelio puede ayudar al cristiano de la tecnópolis a subsanar ese déficit de ética del que adolece su cultura.*

La ética del evangelio le recordará, mediante muchos pasajes, que el hombre, y en particular el hombre pobre, está por encima de las leyes restrictivas dictadas por los poderosos, por encima incluso de la ley «religiosa» del sábado y del culto a Dios en el templo. Asimismo la historia de Jesús le hará comprender que sus seguidores no necesitan de muchos bienes para vivir, sino que viven felices con lo suficiente<sup>25</sup>.

Pero la ética de Jesús va mucho más allá de la conciencia humana, donde Dios se hace presente de modo vago a través de la ley escrita en el corazón. Jesús se relacionaba con sus paisanos, con los discípulos, con el sanedrín, con los pobres... ateniéndose a las inspiraciones del Padre. La motivación que Jesús da en su evangelio para que los humanos nos relacionemos unos con otros en igualdad y fraternidad es precisamente la manera de actuar de Dios Padre con todos ellos.

De este modo, *la ética de la solidaridad humana recibe del evangelio de Jesús el mayor enriquecimiento: el de la solidaridad misma de Dios*. La dimensión religiosa, que la ética del cristiano adquiere en el Dios de Jesús, no anula ni debilita la validez y la consistencia de una ética humana abierta y dispuesta a la solidaridad. Al contrario, el cristiano se sentirá mucho más iluminado y animado a compartir con los otros, sobre todo con los pobres, los esfuerzos por un mundo mejor o más solidario.

La cultura del hombre de la tecnópolis es una cultura de acción. *¿De qué manera podría la cultura tecnológica del hombre contemporáneo corregir o purificar el evangelio vivido por los cristianos?* En tiempo de Jesús, el propio Maestro recriminó a quienes aceptaban en principio la voluntad salvífica del Padre, pero que después no la vivían en la realidad de la vida: «No todo el que me diga “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial»<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Cf. Mt 6,31-34.

<sup>26</sup> Mt 7,21 s.

En la actualidad estamos viviendo una cultura apenas verbal, nada amiga de teorías ni de doctrinas, en la que el cristiano es impulsado a practicar lo que cree, a testimoniar con su vida la fe que dice tener. Opino que la acentuación en la línea de la acción, acentuación característica de la cultura tecnológica, más que en la línea de la teorización representa un beneficio para el cristiano que tiene que vivir como tal en la nueva cultura. La acción guarda relación con la caridad, al mismo tiempo que pensar guarda relación con la fe. El cristiano que se confronte con la caridad más que con la fe siempre saldrá ganando.

*En cuanto a la posibilidad de enriquecer el evangelio por parte de nuestra cultura tecnológica, puede afirmarse que el amor al prójimo adquiere mayor presencia y ejercicio que el amor dirigido directamente a Dios, ya que el hombre de la actual sociedad «pasa» olímpicamente de Él.*

No se crea que por lo dicho la experiencia del cristiano deja de ser una experiencia «religiosa». Al contrario, es en el modo de tratar al prójimo como el cristiano debe demostrar y demostrarse a sí mismo que ama realmente a Dios: «Si alguno dice “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve»<sup>27</sup>.

También el amor al prójimo constituye para el hombre contemporáneo en general la experiencia mayor de encuentro o de desencuentro con el Dios de Jesús. Hace años que K. Rahner dejó escrito que el camino del amor al prójimo es el camino por excelencia para que el hombre moderno acceda a Dios. Decía K. Rahner que en «un mundo enormemente mundano... el amor al prójimo podría ser la actual palabra clave y la palabra original realmente motriz»<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> 1 Jn 4, 20.

<sup>28</sup> K. Rahner, «Sobre la unidad del amor a Dios y al prójimo», en *Escritos de Teología*, Taurus, Madrid 1969, t. VI, p. 291.